

El pecador y el perdón

Steve Williams

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mí pecado... (Salmos 51).



Salmos 51 es la historia de un pecador que se arrepiente y encuentra el perdón de Dios. Martín Lutero proclamó: «No hay otro salmo que se cante o que se use en oración más a menudo en la iglesia». En su enorme obra de siete volúmenes sobre el libro de Salmos, Charles H. Spurgeon habló de su admiración al abordar el Salmo 51. También lo comparó con la tierra santa sobre la cual Moisés estuvo de pie frente a la zarza ardiente. También lo comparó con la tierra sagrada en Bet-el donde Jacob tuvo la visión de ángeles que subían y descendían por una escalera que subía al cielo. Concluyó diciendo: «Puede que sobre este Salmo se lllore, que sea absorbido por el alma y exhalado de vuelta en devoción; pero, ¿comentarlo? ¿Quién que lo haya intentado no puede hacer más que sonrojarse frente a su fracaso?». *1

Salmos 51 ha sido declarado universalmente como el más elocuente de los salmos penitentes. Es el evangelio en pocas palabras. En el siglo 16, un autor se refirió a él como «la gema más brillante de todo el libro y que contiene instrucción tan grande y doctrina tan preciosa, que la lengua de los ángeles no le podría hacer justicia a su aprovechamiento total» *2 Debemos leerlo y estudiarlo con reverencia, con una mente abierta y con un «corazón contrito y humillado» (vers 17).

El Salmo 51 fue escrito por David en relación con su arrepentimiento por haber pecado con Betsabé, arrepentimiento que tuvo después que fue confrontado por Natán el profeta. A medida que uno lo lee, se ponen de manifiesto muchos paralelismos con la travesía espiritual de David.

Codició a Betsabé, cometió inmoralidad sexual con ella y luego hizo matar al esposo de esta con el fin de ocultar su pecado y tomar a esta como esposa. Natán confrontó a David con su pecado varios meses después. Este confesó su culpa, se arrepintió y fue perdonado por Dios.

Los pasos que David dio para pasar del pecado a la salvación son pasos comunes en la travesía espiritual de otros. Ellos son los siguientes:

1. El peso del pecado y ser convencido de este (verso 3).
2. La penitencia y el arrepentimiento (versos 16—17).

3. La confesión del pecado (versos 4—5).
 4. Un ruego por misericordia y perdón (versos 1—2, 7—12, 14a).
 5. El gozo de la salvación y del perdón (versos 8a, 13—14b, 15).
- Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí (verso 3).*

David había vivido con su pecado por casi un año. Pensó que nadie sabía de ello. Sin embargo, cuando Natán el profeta lo confrontó con su pecado, David se dio cuenta de cuán horribles, detestables y repulsivos habían sido sus acciones. Puede que la conciencia de David lo hubiera molestado más de lo que nos damos cuenta. El recuerdo de delitos pasados puede perseguir a una persona y hacer miserable su vida. Como el mismo David escribió: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano» (32:3—4).

La culpa y el peso del pecado eran tan insoportables para David que comparó el sentimiento con el abatimiento de sus huesos (verso 8). La culpa puede lastimar y ser tan dolorosa como las heridas físicas mismas. La mayoría de los predicadores y consejeros han hablado con personas que se sientan a llorar por errores trágicos que han cometido. Están ansiosos de alivio. ¡El pecado causa dolor!

El doctor Francis Braceland, antiguo presidente de la American Psychiatric Association (Asociación de Psiquiatras de los Estados Unidos) y editor de la American Journal of Psychiatry (Revista Estadounidense de Psiquiatría), dio una conferencia en la Convocatoria Nacional Metodista sobre Medicina y Teología. Dijo que el número de jóvenes que son internados en hospitales psiquiátricos va en aumento. Una razón para ello es el bajo estándar de moralidad sexual de nuestra sociedad. Dijo: «Una actitud más permisiva en los recintos universitarios con respecto a la experiencia del sexo prematrimonial ha ejercido presión sobre algunas jóvenes universitarias lo suficientemente severa para causar quebranto emocional». *3 El proceso sanador de la salvación comienza con el peso del pecado.

PENITENCIA POR EL PECADO

Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios (versos 16—17).

La única manera apropiada de lidiar con la culpa del pecado consiste en humillarnos y arrepentimos verdaderamente. Si queremos acercarnos a Dios y encontrar perdón, tenemos que hacerlo con un corazón contrito. Una obediencia ritualista no se ocupará del pecado apropiadamente. David sabía que los sacrificios y los holocaustos no expiarían sus pecados de asesinato y adulterio. Necesitaba arrepentirse. Necesitaba dar a Dios el sacrificio de un espíritu quebrantado.

A manera de contraste, en Chicago un matón le dio muerte a un policía. Fue arrestado y encarcelado. El viernes de aquella semana, se le sirvió carne en su comida. De un modo indignado dijo a los guardas: ¡Llévense eso! ¿Cómo se les ocurre que voy a comer carne un viernes?». No tuvo escrúpulos para matar al policía, sin embargo, de un modo servil, observaba una tradición religiosa.⁴ Lo que el hombre necesitaba hacer era arrepentirse, no rechazar carne un viernes. «Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón; y salva a los contritos de espíritu» (34:18).

CONFESION DEL PECADO

Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre (versos 4—5).

David no busca excusa para sus pecados. Los confiesa. No hace una confesión vaga, diciendo: «Si he hecho algo malo...». No llama a su pecado un desliz, un error de juicio o un acto cuestionable. Su aseveración no es un lloriqueo de justificación a medias proveniente de un corazón de piedra. David asume completa responsabilidad por lo que hizo. Debido a que su confesión es tan franca, fue agradable a Dios. «Contra ti, contra ti solo he pecado». Había pecado contra Urías el heteo, contra Betsabé y contra la sociedad. Decir que había pecado contra Dios y Dios solamente, era una exageración que aborda directamente el meollo del asunto. David estaba diciendo que había ofendido la voluntad de Dios. No había ofendido meramente las formalidades culturales de la sociedad. Había quebrantado la ley de Dios y había pecado contra Dios mismo.

David también escribió: «... en pecado me concibió mi madre» (verso 5). Se han dado muchas explicaciones de este versículo, entre las cuales se incluye la doctrina del pecado original. Entienda que no existe una teoría sistemática del pecado original en el Antiguo Testamento. Solamente unos pocos versículos, en su mayoría poéticos, apenas aluden si acaso a algo remotamente relacionado con ello, y existen explicaciones alternativas para cada uno de ellos (58:3; Job 14:4; 15:14). ¿Entonces cómo explicamos el versículo 5?

Es poco probable que David esté infiriendo algo malo con respecto a su madre o a su padre (Salmos 86:16). Su declaración podría constituir una hipérbole poética y osada. Lo más probable es que David está diciendo que fue traído a un mundo pecador, es decir, un ambiente de pecado universal, a una especie de personas que pecan todas y que pronto aprendió a practicarlo. David está haciendo una aseveración emotiva acerca de cuán pecador había sido. «Es inadmisibles basar alguna doctrina acerca de la naturaleza del hombre en este conmovedor trozo de poesía». *5

Si en el versículo 5 se enseñara el pecado original o la depravación total hereditaria, entonces no encajaría en el contexto de todo el pasaje. En el Salmo 51, David está confesando su culpa. Es culpable. Su pecado no fue una anomalía.

Su error no fue sencillamente un momento de debilidad o un desliz. No había circunstancias atenuantes a las cuales pudiera recurrir. Fue premeditado y deseado por él. No fue que sencillamente cometió un error. Todo su ser participó en la codicia y en el homicidio, y todo su ser necesitaba purificación.

Insertar la doctrina del pecado original aquí haría a David culpable de eludir responsabilidades. Si fuera totalmente depravado desde el momento de su nacimiento y estuviera predestinado a pecar, parte de la culpa sería quitada de David. En cambio, David usa los pronombres «yo», «mi» y «me», más de treinta veces en el Salmo 51 (NASB; RSV). Su confesión es personal y específica. Su pecado fue su propia culpa, no una tendencia al mal que hubiera heredado.⁶

RUEGO POR PERDÓN DE PECADO

Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, Y límpiame de mi pecado.

Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido. Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente.

Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación (versos 1—2, 7—12, 14a).

Después de confesar su pecado, David ruega a Dios que tenga misericordia de él y que le perdone su mal proceder. Amontonó metáfora sobre metáfora en una ferviente imploración a Dios. Le pide a Este que sea misericordioso, que borre su pecado, que lo lave completamente y que lo purifique con hisopo, posiblemente de lo forma como un leproso debía ser purificado. Le pide a Dios que lo lave hasta quedar blanco como la nieve y que repare los huesos que [Él ha] abatido». Una vez más le pide a Dios que borre sus iniquidades. La condición de David requiere de tanta misericordia que necesita un nuevo comienzo, es decir, necesita que se le cree un corazón limpio dentro de él. Le suplica a Dios que no quite Su Santo Espíritu como lo quitó del rey Saúl (1^o Samuel 13:14; 15:23; 16:14; 18:12; 28:15). Le pide a Dios que lo restaure y lo libere.

PERDÓN DE PECADOS

Hazme oír gozo y alegría...

Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti. Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; Cantará mi lengua tu justicia. Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza (vers. 8a, 13—15).

En vista de que David fue sincero en su arrepentimiento, y debido a que confesó sus pecados a Dios y rogó por perdón, Dios lo perdonó. David sintió el gozo de la salvación y dio a conocer la bondad de Dios a los demás. Como escribió en otra parte, diciendo: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño» (32:1—2).

CONCLUSIÓN

El proceso del perdón para un hijo de Dios que peca puede verse en Salmos 51. Debemos ser convencidos de nuestro pecado, arrepentimos, confesar nuestro pecado a Dios y suplicar a Dios el perdón. Entonces Dios renovará el gozo de Su salvación.

www.henrycis.com cisnerosme@yahoo.com.mx

1 C. H. Spurgeon, *The Treasury of David* (El tesoro de David) (London: Marshall, Morgan & Scott, s.f.; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1978), vol. 2, y.

2Victorinus Strigelius (1524—69), citado en Spurgeon, *Treasury* (Tesoro), vol. 2, 457.

>Paul Lee Tan, *Encyclopedia of 7,700 Illustrations* (Enciclopedia de 7.700 ilustraciones) (Rockville, Md.: Assurance Publishers, 1979), 793. Vea también el capítulo sobre «Sexo prematrimonial» en Steve Williams, *Studies in Christian Ethics* (Estudios sobre la ética cristiana) (Abilene: Quality Publications, 1990). B. Knight, *Knight's Illustrations for Today* (Ilustraciones para la actualidad) (Chicago: Moody Press, 1970), 65.

>Anthony L. Ash y Clyde M. Miller, *Psalms* (Los salmos) (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1980), 181.

6Sobre otras confesiones de pecado en los Salmos, generales e individuales, vea 32.5; 38.18; 130.2—3; 143.2.